

Fragmento tres

El hijo del jardinero ha estado
parándose de cabeza una y otra vez
y me pregunto si ésa sea una posición
a través de la cual es probable
establecer un estado de distancias anheladas,
aunque sea
por uno o dos minutos.
No debe ser admisible
hacerlo por más tiempo
aunque éste es el tipo de cosa
que uno quisiera preguntarle al buda,
además de:
si la indiferencia provoca algún cambio
que afecta al hambre de la curiosidad.
Personalmente, he elegido involucrarme
casi sin comprensión
o con ésta muy mellada,
aun a sabiendas de que mi enrolamiento
tiene en la mayoría de los casos

un sabor agrio
e incluso el poco heroico de la hipocresía,
ese árbol invisible
que se enrosca en un santiamén
a costa de nuestras espaldas
y que pretende dictarlo todo,
sólo perdonable en alguna dimensión
en donde queden astillas de benignidad
en cuyo sentido final se ha colaborado.
No importa si al final quedan
y son de provecho a los demás,
me dice esta voz que me ha reclutado
de buenas a primeras
y sin derecho a réplica.
No importa y está bien si te da paz, insiste.
Creo que ya avisé de esto en alguna parte:
no hay peor enemigo que uno mismo.
No hay peor hambre
que la que roe nuestras circunstancias

ni, por supuesto, sed.

Y el sexo con que nos deleitamos
es el mismo sexo que ha atizado
nuestros costados
y ha acribillado nuestros huesos,
nuestra magra carne y la mente que la secunda
por multitud de noches.

No puedo asumir un color para este tema
y mi pregonada teoría del color se desmorona
más por mi notoria vaguedad
que por otra cosa.

Sin importar si me deja marcas anímicas,
lo cierto es que siempre habrá
campos cuya comprensión inicial
—por decir lo menos—
me son del todo desconocidos
hasta el punto de eludir
previas disposiciones cardinales.

Así, por un argumento parecido,
supe que esta escritura va a detenerse
o que por el mismo motivo

no se detendrá en absoluto.

He llegado a aceptar
que la muerte tiene pies de seda,
como la noche,
y manos de hielo, como el miedo.
Que el pasado
es un enjambre que se va haciendo
torpe, ciego y ralo
sobre un horizonte que se diluye a nuestras espaldas
pero no por eso cesa
ni va a cesar la esperanza
de batir sus rotas alas de piedra.
Es una conclusión, en realidad:
que entre los imprevistos del cierre
el júbilo no falle ante la congoja
y el horror no vaya más allá de la mueca.
Pero estos son anhelos y solicitudes
cubiertos más con cal que con piedra.
Y la vida sigue.
O no.

Cé Mendizábal
(n. Oruro, 1956)